

---

### PLATICA III.



### PROVIDENCIA DE DIOS.

*In igne probatur aurum et argentum; homines vero receptibiles in camino humiliationis.*  
Eccii., cap. 2, v. V.

¡Que errados son, cristianos, los juicios que los hombres forman, no apoyándose en la divina fé! Muchos hay que no atreviéndose á negar que hay un Dios, criador de todas las cosas, suponen á este Señor un ente raro, sin justicia ni providencia, que solo pensó en darnos existencia, sin cuidar despues de nuestras acciones, ni aun siquiera de regirnos ni gobernarnos. Para cohonestar en lo posible tan abominable despropósito, dicen, que Dios es harto dichoso en sí mismo, y que para nada necesita de nosotros, que por lo mismopoco puede importarle que obremos de este ó del otro modo, ni á un Ser tan grande convendria cuidar de cosas tan pequeñas como respecto de El somos los hombres; quelibrés, como somos, podemos hacer cuanto nos plazca sin atender á si es ó no justo, sino únicamente á si nos es provechoso. Como prueba de que todo es tal, cual ellos

sienten, aducen lo que todos, generalmente hablando, experimentamos, y es, que cuanto mas á su libertad obran los hombres, mas felices son sus empresas, mientras que los meticulosos en obrar suelen ser desgraciados; lo que equivale á decir, que los hombres mas malos, mas relajados é inmorales suelen ser los mas ricos; y los buenos y temerosos de Dios suelen ser los mas pobres. A esto está reducido; mis amados, lo que los impíos llaman verdadera ciencia, y la tienen por norte de sus operaciones. Reconocer por Dios á un ente nulo, y por regla de su conducta la libertad y lo útil solamente. Discurrid ahora, cristianos, qué podrá esperarse de los que así piensan; qué buenos esposos, qué buenos padres de familia podrán ser, y qué buenos ciudadanos. Si les conviene deshacerse de sus esposas é hijos lo harán sin reparar en los medios con tal que no puedan ser descubiertos y castigados por la justicia humana, que segun ellos, es la única que hay que temer, puesto que Dios no hace caso de nosotros, y si les es útil hacer traicion á su patria aunque sea sacrificando á infinidad de inocentes, tambien lo harán sin remordimiento de conciencia, en atencion á que segun ellos el hombre puede y debe hacer todo lo que le reporte ganancias ó sea aumento de bienes. ¿Qué os parece, amados míos, de esta doctrina? ¿Merece vuestra aprobacion? Creo firmemente que no, y que como yo, os compadecereis de los desgraciados que así piensan, trastornando en cuanto pueden el comun sentir, y presentándose á la vez, sin ellos conocerlo, tales como en realidad son, estúpidos é ignorantes, azote del género humano y propósito solo para servir de pasto á las voraces llamas que Dios crió para que se cebaran en los malvados, que como los indicados niegan á Dios su providencia y justicia estando como están patentes á todos los que tienen uso de razon. De tan interesante asunto voy á ocuparme hoy. Estad atentos.

Dicen los impíos que Dios ninguna necesidad tiene de nosotros, y esta es una verdad; no así el que despues de habernos criado nos abandone, y mire con iguales ojos de benignidad al que agradecido le ama y bendice, que al que ingrato y desnaturalizado le desprecia y aun maldice. Que quiere lo mismo al que se esmera en agradarle y servirle, que al que hace alarde de rebelarse contra él y ultrajarle. Tal proceder sería ageno de un hombre regular, ¿cuánto mas lo será de nuestro Dios que es infinitamente perfecto? Además, que en el hecho mismo de habernos criado, algun fin se propondria, ¿y qué otro puede haber sido que el de hacernos partícipes de su bondad? Y para esto, qué cosa

mas justa y puesta en razon que el que nosotros le demos gracias por tan singular favor, y hagamos cuanto de nuestra parte esté para darle pruebas de un verdadero amor? ¿Ni á qué otra cosa mejor puede conducirnos la facultad intelectual que el mismo Dios nos ha dado, y por la que nos distinguimos del resto de los animales? ¿Pues que, sería posible que despues de adornarnos de dotes tan bellas como en cuerpo y alma tenemos; despues de imprimir en todos y en cada uno de nosotros el conato ó sea el deseo de vivir siempre, que en este mundo conseguirse no puede, segun que unos por otros lo vemos, nos quedara sin llenar este vacío que el mismo Dios preparó? No; y mil veces no; porque tal proceder repugna á su justicia y omnipotencia. A su justicia, porque en el caso supuesto, sería engañarnos, y Dios no engaña; á su omnipotencia, porque nada hay que se la pueda resistir, y pudiendo como puede y siendo como es infinitamente bueno, á nadie es lícito dudar, que este deseo que todos tenemos de vivir siempre, será cumplido, será satisfecho por el mismo Dios.

Ni es menos absurdo decir que Dios no cuida de los hombres por ser él un Señor infinito, y los hombres sumamente pequeños en su comparacion. Si se tratara de poder á poder: esto es, si se quisiera comparar el poder de los hombres con el de Dios, estaria bien dicho que nada era el hombre en presencia del Señor; pero hablando de la providencia de Dios para con los hombres ¿quién hay que pueda dudar que Dios cuida de los hombres? Ni aun los impíos que lo contrario aparentan querer sostener, creen lo que ellos mismos dicen. ¿Por qué de quien se trata? ¿Se trata, por ventura, de algun poderoso de la tierra, que tenga que levantarse, vestirse y prepararse para ir á ver á sus criados? No; se trata de Dios, que con la facilidad que todo lo crió de la nada, con la misma lo conserva todo, ni nada existir puede que de su mano no esté pendiente, ni hay lugar alguno que á su vista no esté presente; porque suyas son todas las cosas, sin que molestia le cueste verlas y conservarlas como costara á los hombres. Dios no está circunscrito á límites, no tiene cuerpo, porque el tenerle, sería imperfeccion en Dios, y Dios es infinitamente perfecto. Es espíritu purísimo que todo lo llena sin ocupar lugar, que todo le vé, dirige y gobierna sin costarle trabajo porque nada hay que pueda á Dios molestar, siendo como es inmutable por esencia. Aprueba, sí, lo bueno, y reprueba lo malo, porque lo bueno le pertenece, lo malo no es obra suya. Pero en este aprobar y reprobar, premiar y castigar no hay mutabilidad por parte de Dios, sino en los hombres, que si somos buenos, nos hacemos objeto de amor, y si malos, objeto de odio, porque Dios siempre amó lo bueno y aborreció lo malo; sin que por esto se entienda que

haya pasiones en Dios. Queda, pues, demostrado, amados míos, que es infundado lo que los impíos dicen acerca de que Dios no cuida de nosotros, por ser en su comparación sumamente pequeños, y hasta en cierto modo despreciables. Veamos ahora cuán falsa es la deducción que los mismos hacen al ver prosperar al malo y padecer al bueno.

Con efecto: vemos frecuentemente que cuanto más trata uno de ser hombre de bien, ó lo que es lo mismo, de vivir con arreglo á lo que Dios preceptua, á este paso parece que todo se le trastorna, trabajos llueven sobre su casa y la pobreza suele ser su inseparable compañera; mientras que vemos también que en proporción que para con algunos crece la impiedad, crecen á la vez los bienes de fortuna, de suerte que las riquezas parecen ser el patrimonio de los malos, y la pobreza la recompensa de los justos. No hay para que negarlo; generalmente sucede así, y no puede menos de suceder porque Dios es infinitamente justo, y forzoso es que cada cual reciba su merecido. ¿Qué hombre habrá por perverso que sea, que alguna vez no haya practicado alguna acción generosa? ¿Que no haya dado alguna limosna, ó compadecido de algún desvalido? Pues bien: esta acción buena debe ser premiada, y lo es con efecto, dándole bienes terrenos que es solo á lo que el malo aspira, pues para él la vida eterna es una farsa. Por el contrario: ¿quién hay tan justo en la tierra que algunos defectos no cometa? Luego es preciso dar satisfacción á la divina justicia, puesto que si dispuesta está á premiar lo bueno, dispuesta debe estar para castigar lo malo y lo está efectivamente. ¿Cómo, pues, satisfará el justo por sus culpas? Arrepintiéndose de ellas, pidiendo á Dios perdón, y llevando con paciencia y resignación los trabajos de esta vida: así cuando esta se acabe entrará en el gozo de su Señor para disfrutar de sus delicias eternamente en tanto que el impío que ya recibió el premio de sus buenas obras en este mundo, al salir de él, será conducido al lugar de horror y de tinieblas para ser atormentado por toda una eternidad, para siempre, para siempre. Pasarán miles y millones de años y los volverá á contar como si acabara de entrar, sin minorarse los tormentos, y sin tener jamás la más pequeña ó remota esperanza de salir, ni mejorar. ¡Qué caros placeres los de este mundo, mis amados! ¡Qué dulces y suaves las penalidades de esta vida, llevadas con santa resignación! Dulces sí, porque no debe considerarse lo que en sí son, sino lo que debemos esperar, si humildemente besamos la mano de quien nos las envía, que es nuestro padre, nuestro Dios; que no quiere nuestros males como tales, sino como principio que son de grandes bienes.

Oid ahora lo que sobre este particular nos refiere la Sagrada Escri-

tura. Sea Job el que por mí hable. En el capítulo XXI, dice: «¿Cómo es que viven los impíos y son ensalzados y colmados de bienes? Ellos contemplan al rededor suyo su numerosa descendencia, miranse rodeados de una multitud de parientes y de nietos, Sus casas están seguras y en paz, ni descarga sobre ellos el azote de Dios. Pasan en delicias los días de su vida, y en un momento bajan al sepulcro, como quien dice, sin haber padecido nada. Estos son los que dijeron á Dios: Apártate de nosotros; que no queremos saber nada de tus mandamientos. ¿Quién es ese omnipotente para que nos empleemos en su servicio? ¿Ni qué provecho hemos de sacar de implorar su auxilio? Pero en medio de esto los impíos no tienen la prosperidad en su mano. ¡Oh! cuán á menudo se apaga de un golpe la antorcha de los impíos y viene sobre ellos un diluvio de males, y Dios en el furor de su ira, les reparte porción de dolores correspondiente á sus pecados. Hará Dios padecer también á los hijos las penas del padre á quien imitaron y cuando Dios le diere su merecido, entonces él caerá en la cuenta. Verá el impío con sus propios ojos su total ruina en la otra vida y beberá el furor del Todopoderoso.» En el capítulo XI del Eclesiástico, se lee: «No te glories jamás por el traje de distinción que llevas, y no te engrias cuando te veas ensalzado en alto puesto; porque solas las obras del Altísimo son admirables. Sentáronse en el trono muchos tiranos; y un hombre, en quien nadie pensaba, se ciñó la diadema. Cayeron en grande ignominia muchos potentados, y los magnates fueron entregados como esclavos en poder de otros.» Hé aquí, cristianos, lo que sucede á los ricos perversos y á los pobres de humilde y recto corazón. Los ricos parece que todo lo llenan, y exigen respetos como si de justicia por solo ser ricos se les debieran, mientras que al pobre por solo serlo, le desprecian, ó no hacen caso de él: muere el rico, soberbio y orgulloso, y es entregado á los enemigos para que le traten como á vil esclavo: muere el pobre resignado en su pobreza y trabajos, y es coronado con la diadema eterna que Dios prometió á los justos. No me detendré por ahora en hablar de las penas con que los malos son castigados en el infierno, porque sería abusar de vuestra paciencia y del tiempo que se concede á una plática. De esto me ocuparé otro día, mediante Dios. Solo pretendió al presente, aducir algunos de los muchos lugares de la Sagrada Escritura que confirman lo que antes os he dicho.

Ruégote, hijo mio, decía la madre de los Macabeos á su sétimo hijo, después de haber visto morir entre los mayores tormentos á los otros seis, por ser fieles observadores de la ley de Dios: «ruégote, hijo mio, que mires al cielo y á la tierra y á todas las cosas que en ellos se contienen; y que entiendas bien que Dios las ha criado á todas de la nada, como

igualmente al linaje humano. De este modo no temerás á este verdugo; antes bien, haciéndote digno de participar de la suerte de tus hermanos, abrazarás gustoso la muerte, para que así en el tiempo de la misericordia, te recobre yo en el cielo, junto con tus hermanos. »

«Yo no obedezco al mandato del Rey, respondió el joven, si no al precepto de la Ley que nos fué dada por Moisés. Mas tú ¡oh tirano! que eres el autor de todos los males de los hebreos, tén entendido que no evitarás el castigo de Dios. Porque nosotros padecemos esto por nuestros pecados, y si el Señor, nuestro Dios, se ha irritado por un breve tiempo contra nosotros, á fin de corregirnos y enmendarnos, él emperoverá á reconciliarse otra vez con sus siervos. Pero tú, oh malvado, y el más abonible de todos los hombres, no te lisonjees inútilmente con vanas esperanzas, inflamado en cólera contra los siervos de Dios; pues aun no has escapado del juicio del Dios Todopoderoso, que lo está viendo todo. »

Así, así podemos nosotros decir á esos hombres inmorales y faltos de reflexión que al ver padecer al justo y prosperar al impío se persuaden que nada hay que temer, y que Dios se ha olvidado del hombre que crió á su imagen y semejanza. Temerarios: les responden los verdaderos cristianos amantes de su ley, nosotros padecemos esto por nuestros pecados, pero no creáis que vuestros crímenes quedarán sin castigo. ¡Ojalá que en mi auditorio no haya á quien esta amenaza pueda comprender! ¡Ojalá que todos los que aquí estamos reunidos clamemos como los Macabeos en sus tribulaciones; justamente padecemos esto por nuestros pecados; el Señor nos castiga para corregirnos y enmendarnos. ¡Bendita sea por siempre su infinita misericordia! ¡Qué no haya entre nosotros, mis amados, ningun impío á quien como á Antiocho se le pueda decir; ó malvado: no te lisonjees en tus iniquidades, pues tienes que comparecer cuando menos pienses en el tribunal de Dios, y sufrir los rigores de su infinita justicia! Pidamos perdón al Señor de nuestros pecados, valiéndonos para mejor conseguirle de la mediación poderosísima de nuestra Reina y Madre María Santísima; formemos un propósito firme de la enmienda, contando siempre con la gracia de Dios, que no nos la negará, si verdaderamente contritos se la pedimos. Hagamos una verdadera confesión, y de este modo cumpliendo con lo que el Señor nos manda, daremos el último suspiro en gracia suya, y le acompañaremos por siglos eternos en la hermosa mansión de la gloria. Amen.

## PLATICA V.

### MISERICORDIA DE DIOS.

Misericordia tua, Domine, plena est terra: justificationes tuas doce me.  
Psalmo XVIII, v. LXIV.

CRISTIANOS: si una fatal esperiencia no nos demostrára hasta donde llega el abandono de la mayor parte de los hombres, se nos haria increíble. Pero es lo cierto por desgracia que son muy pocos los que prestando dóciles oídos á la voz de la naturaleza y de la religion viven como deben vivir. Quien hay, que cifrando su felicidad en la posesion de los bienes terrenos solo se ocupa en su aumento, sin atender siquiera á si los medios de que se vale son ó no licitos: quien, fijando su atencion preferente en la sensualidad, no piensa en otra cosa que en saciar su vergonzosa pasion, mas que haya que atropellar los respetos mas sagrados: quien, resentido de una ofensa que de otro ha creído recibir, no se ocupa sino de proporcionarse ocasiones en que vengarse: y quien, finalmente, por acallar el gemido de su conciencia ridiculiza la religion que adoramos en vez de